

en camisa á sus piés, confesó sus vicios y la disolucion de su vida con señales las mas notables de arrepentimiento, y recibió la penitencia que le impusieron.

Gozaba entonces de una gran reputacion en todas aquellas comarcas por su virtud, su ciencia y su inteligencia en los escritos proféticos, Joaquin, abad de Curaco, del órden del Cister (1). La inquietud natural al espíritu del rey Ricardo le inspiró la curiosidad de oír las interpretaciones que hacia del Apocalipsis aquel genio exaltado, del cual se ha dicho mucho bien, y mucho mal. El rey breton le consultó sobre el éxito de la cruzada que emprendia; y Joaquin, dice Rogerio de Hoveden, respondió que Saladino perderia Jerusalem y la Tierra santa; pero esto al cabo de siete años despues de la conquista que el sultan habia hecho de aquella ciudad. «¿Por qué pues, replicó con viveza Ricardo, nos hacen partir tan pronto?»—«Vuestra llegada, dijo Joaquin, no será menos útil, y hará famoso vuestro nombre sobre todos los príncipes de la tierra. No dudeis que Dios os dará la victoria contra los enemigos de su nombre.» Añadió, siempre á consecuencia de sus observaciones sobre el Apocalipsis, que el Anti-Cristo estaba ya en Roma, y que sería elevado á la Sede apostólica. Las muchas predicciones de esta naturaleza: acompañadas con frecuencia de la palabra *puede ser*, quizá ú otras espresiones llenas de ambigüedad y de incertidumbre, movieron á Santo Tomás de Aquino (2) á decir, que este autor de predicciones asi verdaderas como falsas, tenia, no el espíritu de profecía, sino el espíritu de congetura que casualmente acierta con la verdad. Acerca del misterio de la Trinidad cayó el abad Joaquin en errores que fueron condenados

(1) Roger. p. 681.

(2) In IV Sent. dist. 43, quaest. 1, art. 3.

en el cuarto concilio general de Letran. Aseguraba que las Personas divinas no tienen una esencia comun, y que su union no es real sino solamente similitudinaria. Con todo, no fué tratado como herege, porque sometió sus escritos al juicio de la Santa Sede. Llevó siempre una vida edificante, laboriosa y muy solitaria. Distinguióse en especial por su celo á favor de la castidad. Eran austeras sus costumbres, y como tenia el temperamento robusto, se daba á las faenas mas pesadas para el cuerpo. Sufria alegre el frio, el calor, el hambre, y la sed. Pareciéndole poco rigorosa la regla del Cister, fundó bajo de una observancia mas estrecha la abadia de Flora en los montañas de Calabria, y gobernó hasta su muerte (1202) esta casa ejemplar, donde es venerado como un Santo á pesar de que la Iglesia jamás le ha decretado culto alguno.

El primero que partió de Sicilia fué Felipe Augusto, y el 13 de abril de 1195 llegó delante de la ciudad de Acre, sitiada dos años habia por los cristianos. Saladino, que miraba este sitio como una estravagancia, no se habia movido á enviar auxilios á la plaza. Sin embargo, la llegada diaria de diversos cruzados, entre otros de una armada flamenca y brabantona, principiaban á hacer respetable la empresa. Llegando el rey Felipe en estas circunstancias, se habria puesto muy en breve en estado de dar el asalto y tomar la plaza, si por un exceso de deferencia y de fidelidad á su palabra no aguardase al rey de Inglaterra como se lo habia prometido para compartir con él el honor de la primera victoria.

Pero Ricardo no partió de Messina hasta el 10 de abril, y fué arrojado por una tempestad á las costas de Chipre. Tuvo tan mal acogimiento de Isaac Comneno, que habia quitado esta isla al emperador Isaac Angelo, que se creyó bastante autorizado para arrojar de allí á un usurpador tan odioso

por su rebelion como por el desprecio de la hospitalidad. Fácilmente hizo esta conquista, y, por decirlo asi, como de paso; pero no dejó de tomar las precauciones oportunas para asegurarla; hizo prestar juramento de fidelidad por los naturales del pais, echó á todos los griegos y puso guarniciones europeas en las plazas. Poco despues llegó al sitio de Acre, pero con mucho orgullo de haber conquistado un reino, y entregado á una vanidad, que junto á la aspereza natural de su carácter, dió mucho que sufrir á sus propios aliados, sin exceptuar á Felipe Augusto, su señor feudal y hasta entonces su amigo. Sin embargo, los dos reyes atacaron la ciudad como si hubieran estado de buena inteligencia y la redujeron á capitular despues de haber dado algunos asaltos. En la capitulacion se estipuló que los musulmanes volverian la verdadera cruz tomada en la batalla de Tiberiades, y que darian libertad á doscientos caballeros y á otros mil prisioneros de menor consideracion. Desde este tratado, Acre ó Ptolemaida vino á ser la plaza de refugio de los latinos en Palestina, y la escala donde esperaron largo tiempo, mas siempre en vano, la ocasion de restablecer el reino de Jerusalem.

Durante el sitio de Ptolemaida algunos alemanes de Brema y de Lubec, establecieron para sus enfermos privados de todo auxilio un hospital, donde el órden de caballeros teutónicos, de cuyo origen hemos hablado ya, adquirió por fin su perfeccion y su forma regular (1). Segun hemos visto, habia ya un hospital en Jerusalem para los peregrinos de Alemania que no entendian la lengua franca, es decir, la francesa, que usaban ya los otros cruzados. Tambien se juntaron luego á estos hospitalarios varios caballeros y nobles que tomaban asimismo las armas para la seguridad de los peregrinos

(1) Chron. Prus. c. 1; Jac. Vitr. Hist. Hier. c. 66. B. del C., tomo XVIII.—V.—HISTORIA ECLESÍASTICA.—Tomo III.

nos y defensa de los Santos Lugares. Adquirió esta devocion un nuevo grado de fervor en el sitio de Ptolemaida, y se formó una tercera órden militar por el modelo de los templarios y de los hospitalarios de San Juan. Luego fué aprobada por el patriarca y los obispos del pais, y confirmada en el año siguiente por el Papa. El hábito de la órden era un manto blanco con cruz negra. El hospital fué su principal casa, acompañado de una iglesia que hizo fabricar en Ptolemaida el primer gran maestre llamado Enrique de Walpot, aunque dándole el nombre de Santa Maria de Jerusalem.

Entretanto Felipe Augusto cayó en una enfermedad que agotó todas sus fuerzas, y á juicio de sus médicos debia partir al punto, á respirar los aires nativos. Estaba por otra parte muy poco satisfecho del rey de Inglaterra, con el cual solo pudo conservar la concordia, ó evitar un entero rompimiento, á fuerza de paciencia y de disimulo. Mas para no ser acusado de que vengaba sus disgustos personales á espensas de la Religion, dejó tropas considerables en Palestina al mando del duque de Borgoña, y antes de partir las exhortó á sostener de acuerdo con el rey Ricardo la gloria del nombre cristiano. Felipe, al pasar por Roma, quiso tambien impetrar la absolucion de su voto, por cuanto no le habia cumplido del todo; y el Papa, satisfecho de la prudencia y generosidad de sus procedimientos, le colmó de honores y de testimonios de reconocimiento.

Celestino III ocupaba entonces la Cátedra de San Pedro, á la que fué exaltado tres dias despues de la muerte de Clemente III, el 30 de marzo de 1191. Hallábase en edad muy avanzada; pues fué cardenal diácono por espacio de sesenta y cinco años; mas su espíritu y aun su cuerpo no se resentian todavia del peso de los años. Fué coronado de un modo nuevo, segun el ceremonial del órden

romano, compuesto entonces por el camarero Cencio (1). «El Papa electo, dice este autor, se postra delante del altar mientras se canta el *Te Deum*: luego los cardenales obispos le conducen á su Silla detrás del altar donde ellos se postran á sus pies y reciben el beso de paz. De allí le llevan en seguida á una cátedra de piedra colocada delante de la basílica de Letran, y luego delante de la basílica de San Silvestre, donde sentado en una silla de pórfido recibe la férula en señal de su gobierno pastoral y las llaves del palacio de Letran. Pasa en fin á otra silla semejante, y en ella le ciñen una faja de seda roja de la cual está pendiente una bolsa de púrpura que contiene doce sellos de piedras preciosas mezcladas de perfumes, símbolos diversos que tiene cada uno su significación mística; la faja ó cinturón, la continencia; la bolsa, la limosna; las piedras preciosas, el colegio apostólico cuya cabeza es el Papa; y los perfumes, el buen olor de Jesucristo.»

El rey Enrique VI, al saber la muerte de su padre Federico, salió de Alemania para hacerse coronar emperador en Roma. Dióle la corona el Papa Celestino y le hizo grandes honores, sin dejarle no obstante tomar autoridad alguna en la ciudad. A petición del senado exigió Celestino de este príncipe la promesa de que restituiría la ciudad de Túsculo, lo que se ejecutó al siguiente día martes de Pascua. Dos días después, conforme al tratado hecho con Clemente III, fué entregada esta desventurada ciudad á los romanos, los cuales abandonándose á la venganza fomentada por la envidia, la destruyeron hasta no dejar piedra sobre piedra. Desde entonces no ha sido reparada; solo algunos de sus desgraciados ciudadanos se formaron en las ruinas de uno de sus arrabales algunas chozas cubiertas con ra-

(1) Mabill. *Ms. Ital.* tom. 2, pag. 210.

mas de árboles, y de aquí tiene su origen y nombre el pueblo de Frascati.

El Papa, señor feudal de Sicilia, prohibió espresamente al emperador que pasase á la Pulla contra el rey Tancredo, á quien Celestino queria sostener en la posesion en que estaba de aquel reino. Enrique, que hacia muy poco aprecio de las órdenes del Pontífice en tal materia, llevó inconsideradamente sus armas á aquella provincia, donde se apoderó de muchas plazas y aun de Salerno, que es la capital. Todo cedia á su presencia, y á no haber sido por la epidemia que se introdujo en sus tropas, se habria hecho dueño entonces de la Sicilia, como igualmente de la Pulla. Obligado por esta enfermedad á volver á Alemania, dejó á la emperatriz Constanza en Salerno; pero los habitantes, á quienes él habia irritado con sus crueldades, la entregaron á Tancredo, quien tuvo la generosidad de enviársela á Enrique en el año siguiente (1192). Habiendo muerto Tancredo dos años despues (1194), y dejado sus Estados á su hijo Guillermo todavía niño, no perdió el emperador esta ocasion tan favorable al triunfo de sus derechos. Volvió á la Italia con un nuevo ejército, se hizo coronar rey de Sicilia en Palermo y mandó sacar los ojos al rey Guillermo. Fué luego este jóven príncipe conducido á Alemania, en donde murió en una prision. Asi acabó la dominacion de los normandos en la Pulla y en Sicilia, despues de ciento veinte años de un glorioso reinado.

Cuando Felipe Augusto dejó la Palestina, el rey de Inglaterra, que quedaba sin freno y sin competidor, dió rienda suelta á la fogosidad de su carácter, y decidió en todo con una autoridad y una altivez despótica. Esto entibió mucho á la nobleza y ocasionó un descontento general; el marqués de Monferrato, uno de los cruzados mas poderoso como señor de Tyro, se retiró á su casa con sus tropas y sus naves, irritado

de que Ricardo sostenia abiertamente contra él el partido de Guido de Lusignan; los alemanes volvieron á embarcarse con Leopoldo, duque de Austria, para aproximarse á su país; y otros muchos cruzados se persuadieron de que habian cumplido su voto con la toma de Ptolemaida; de este modo en breves dias y sin haber dado todavía una batalla formal, el ejército cristiano se vió debilitado en gran manera.

No obstante, todavía se hallaba en estado de intentar las mayores empresas; y si con cerca de cien mil hombres que aun quedaban, el rey Ricardo hubiera marchado sin detencion á Jerusalem, atendida la consternacion en que estaban los musulmanes, y aun el mismo Saladino, es muy probable que se habria apoderado de aquella ciudad, objeto de tantos votos y de tantos afanes. Pero entreteniéndose en reparar las fortificaciones de Acre, dió tiempo al enemigo para juntar un ejército considerable. Sin embargo, salióle al encuentro, y le acometió cerca de Cesarea (1191): la batalla fué reñida, y combatieron cuerpo á cuerpo Ricardo y Saladino que se cargaron con furor. Saladino quedó tendido en tierra: los suyos le creyeron muerto, y volvieron las espaldas. Ricardo no menos obstinado en perseguirlos que ardiente en cargarlos, quedó dueño del campo de batalla; pero tampoco supo aprovecharse de esta ventaja; pues en vez de volar en derechura á Jerusalem, empleó el resto de la campaña en alzar sobre las costas las fortificaciones de algunas plazas desmanteladas. No marchó contra esta capital hasta seis meses despues, cuando el rigor del invierno hizo imposible el sitio. Fué preciso acamparse y esperar la primavera; pero los soldados franceses llenos de desesperacion por tener que abandonar la ciudad Santa, cuando apenas habian descubierto las puntas de sus torres, acusaron á Ricardo de infiel á la Religion, y sin escuchar

otra cosa quisieron volverse á Europa.

Muy presto este mismo príncipe se vió obligado tambien á volverse á ella, á causa de los peligrosos movimientos que su ausencia producía en Inglaterra, donde los príncipes sus hermanos habian ya sublevado la mayor parte del reino contra el obispo de Ely, encargado de la regencia. Dióse prisa á concluir con Saladino una tregua de tres años, tres meses, tres semanas y tres dias (1192). Quedó establecido que toda la costa desde Jaffa hasta Tyro seria para los cristianos, con Ptolemaida y Ascalon; y que los cruzados podrian ir en cortas partidas á visitar el Santo Sepulcro. Juró Saladino sobre el Corán; pero Ricardo, alegando con su comun altanería que era suficiente su palabra Real, dió tan solo la mano á los musulmanes. Luego dispuso de dos reinos: dió el de Chipre á Guido de Lusignan, el que cedió sus derechos sobre el de Jerusalem al conde de Champaña, sobrino del rey Ricardo. Este jóven príncipe llamado Enrique acababa de casarse con la princesa Isabel, hermana de la reina Sibila, y viuda de Conrado de Monferrato, señor de Tyro, asesinado poco tiempo habia por el Viejo de la Montaña, que principió á adquirir fama por estos horribles crímenes.

Era gefe de una secta de musulmanes y la hizo muy numerosa, dispensándoles de los ejercicios mas molestos de su religion y permitiéndoles toda especie de atrocidades. La vida de los príncipes mas poderosos que osaban resistirles no estaba segura. A las montañas donde se habia establecido, en los confines de la Persia, envióle el sultan Gelaeddoulet un comisionado amenazándole con su indignacion; y entonces el Viejo, á presencia del enviado del sultan, mandó á uno de sus vasallos que se arrojase de lo alto de una torre, y á otro que se clavase un puñal en el pecho; y así lo ejecutaron sin vacilar y con cierto gozo. Entonces volviéndose al

enviado: «id, le dijo, y participad á vuestro amo que tengo setenta mil hombres prontos á ejecutar mis órdenes de la manera que habeis visto (1).» Estos malvados sacrificaron á la venganza de su gefe una multitud de soberanos, sin que apenas pudiera nadie precaverse de su ciego furor. Como no traían mas armas que un puñal, les dieron el nombre de *hassassins* en árabe, de donde tomó origen entre nosotros la palabra *asesino*.

Temiendo el rey Ricardo aportar á la Pulla, donde se hallaba con fuerzas formidables el emperador Enrique VI que no le era apasionado, tomó el camino de Dalmacia. Naufragó en el golfo de Venecia y se vió reducido á adelantarse por tierra en los Estados del duque de Austria, á quien habia ofendido vivamente en Palestina. Aunque disfrazado de templario, fué reconocido y conducido al duque, el cual le detuvo en Viena en una estrecha prision, y le entregó despues al emperador su enemigo: pero á fuerza de las vivas y reiteradas instancias de la reina Leonor, madre de Ricardo, escribió enérgicamente el Papa Celestino al emperador y al duque de Austria, los cuales por otra parte habian incurrido en la excomunión, que se habia impuesto en general contra todos los que atentasen á la persona y bienes de los cruzados. Fué preciso, no obstante, despues de un año de prision, que Ricardo pagase un rescate escesivo, dejando rehenes para seguridad del cobro de lo que no pudo pagar de pronto. Pero apenas se vió libre, no se creyó obligado á estos contratos forzados, y el Papa le dispensó de sus juramentos. El duque Leopoldo, que habia reputado esta conducta como mas propia de un pirata que de un soberano, se abochornó de sí mismo y dió á entender que se arrepentia con sinceridad.

(1) Elmac. pag. 286.

Herido, como él creyó, de la mano de Dios en sus Estados y en su persona, se confesó culpable y entregó los rehenes de Ricardo y mandó se restituyesen las sumas que ya habia percibido y que no podia entregar en persona. Habíase roto una pierna cayendo del caballo y nunca pudo restablecerse. Sobrevinole la gangrena, y fué necesario cortársela; pero subió la corrupción mas arriba, y fué inevitable la muerte que sufrió prometiendo hacer una penitencia ejemplar si Dios le restituía la salud.

Por último, despues de tantas humillaciones, llegó el rey Ricardo á su reino (1194). Para borrar la mala impresion que los ultrages cometidos en la magestad Real podian dejar en el espíritu de los pueblos, se hizo coronar de nuevo con tanta solemnidad como si principiase su reinado. Godofredo, arzobispo de York, su hermano natural, y el conde de Mortain, que reinó despues con el nombre de Juan Sin-Tierra, eran las causas principales de las conmociones que habian agitado el reino durante la ausencia del rey. En tanto que este prelado se ocupaba en las cábalas é intrigas, olvidaba escandalosamente todas las funciones del santo ministerio. Todos los dias iba á caza; no celebraba sinodo alguno, fulminaba las excomuniones segun la impetuosidad de su cólera y los caprichos de su fantasía. Quejóse su iglesia al Papa y éste comisionó al santo obispo Hugo de Lincoln para hacer una informacion jurídica.

Para reprimir el desprecio de la disciplina eclesiástica sin ceder á respeto alguno, no habia persona mas á propósito que este prelado (1). Presentado de edad de ocho años en un monasterio de canónigos reglares por su padre, valeroso y virtuoso caballero borgoñés (el cual despues se consagró tambien allí mismo al Señor), se

(1) Vit. S. Hug. ap. Sur. 17 Apr.

arraigó desde muy temprano en los principios de una sólida piedad. El deseo de una vida mas perfecta, le hizo pasar luego al orden de los cartujos, donde siendo todavia de tierna edad, anunciaba su afición á los ejercicios del celo y aquel carácter de firmeza que nos hace á propósito para ellos cuando le acompañan la prudencia y la modestia. Llegado el tiempo de ordenarle de sacerdote le preguntó uno de los ancianos, si deseaba recibir las órdenes sagradas. Respondió sencillamente, que nada deseaba tanto en este valle de lágrimas. «¿Pues cómo, replicó el anciano, osais desear lo que hace temblar á los mas perfectos?» Hugo, amedrentado de esta reprensión, se postró y pidió perdon llorando. El anciano siguió con dulzura: «alzaos, hijo mio, y no os turbeis; veo el espíritu que os anima: si, ya vais á ser sacerdote y sereis tambien obispo cuando haya llegado el tiempo que el Señor tiene señalado.» Despues que Enrique II hubo construido en el condado de Somerset la cartuja de Ouitam, la mas antigua de las fundaciones de esta orden en Inglaterra, los dos primeros priores no pudieron sacar fruto alguno de los inaccesibles naturales del pais; pero Hugo, que fué su tereer prior, no solo se ganó el afecto de un pueblo intratable particularmente respecto de los estrangeros, sino que por el ascendiente de su genio y de sus virtudes adquirió tanto crédito para con el rey, que este príncipe, aunque muy pagado de su propio talento, decia á cada paso que habia encontrado su maestro en un monge.

De la soledad fué sacado Hugo á pesar suyo para ascender á la Silla de Lincoln (1186), y colmó todas las esperanzas que de él se habian concebido, así por la rectitud de su alma, como por la rara penetración de su espíritu. Habia recibido del cielo un don tan singular en discernir entre los buenos derechos y las pretensiones no justas, que los

mas hábiles jurisconsultos le miraban como su oráculo en las decisiones de los asuntos espinosos aunque jamás habia estudiado la jurisprudencia. Cuantos tenían causas justas le pedían por juez, con tanta mayor confianza cuanto añadía á sus luces igual circunspección, y un valor incapaz de dejarse corromper por ningun respeto humano. Así los Papas en cuyo tiempo vivió le encomendaron los mas importantes asuntos de la Iglesia en Inglaterra. La sangre Real que corria por las venas del arzobispo de York no impidió á Hugo vengar la disciplina de los golpes que recibió de este prelado por sus costumbres en todo aseglaradas. Procedió contra él intrépidamente, y si bien el arzobispo apeló á la Santa Sede, Hugo le prefirió término dentro del cual debia comparecer en Roma, y entretanto envió las informaciones que habia hecho en los mismos lugares. Por último, no habiendo comparecido el arzobispo, cuyo designio no habia sido otro que eludir el castigo con tergiversaciones y dilaciones, fué declarado suspenso del uso del palio, de las funciones episcopales y de toda administracion tanto espiritual como temporal de su iglesia (1195).

El santo obispo de Lincoln no mostró menos su firmeza respecto al mismo rey Ricardo, á pesar de tan absoluto como este era. Habia grande antipatía entre este príncipe y Felipe Augusto, y ambos monarcas orgullosos y valientes eran demasiado vecinos para permanecer mucho tiempo en paz. Poco despues que Ricardo fué sacado de las prisiones de Alemania, quiso vengarse de Felipe que habia entrado en sus Estados. Hallándose exhausto el Erario, hizo juntar los prelados para exigirles las grandes sumas que necesitaba. Examinando la cosa el obispo de Lincoln con aquella justificación que le era tan propia, halló que iba á ponerse al clero en estado de no poder atender al auxilio de los pobres y á la magestad